

hasta qué punto se soporta vivir en un mundo sin sentido, *porque uno mismo se organiza una pequeña parte de él.*

La *mirada filosófica y objetiva* puede ser así un signo de la pobreza de voluntad y de fuerza. Pues la fuerza organiza lo más cercano y próximo; los «concedores» que tan sólo quieren *establecer* lo que es son los que no pueden establecer nada *tal como debe ser.*

Los *artistas*—un tipo intermedio—establecen al menos un símil de lo que debe ser. Son productivos en la medida que realmente *modifican* y transforman; no como los concedores que lo dejan todo tal cual es.

*Conexión de los filósofos con las religiones pesimistas:* la misma especie de hombre (atribuyen el *supremo grado de realidad* a las cosas *supremamente valoradas*).

*Conexión de los filósofos con los hombres morales* y sus criterios de valor. (La interpretación *moral* del mundo como SENTIDO, después de la decadencia del sentido religioso).

*Superación de los filósofos* por medio de la *aniquilación* del mundo del ente. Período intermedio del nihilismo: antes de que exista la fuerza de dar la vuelta a los valores y de divinizar—ratificar—lo que deviene, el mundo aparente, como el *único* mundo.

B. El nihilismo como fenómeno normal puede ser un síntoma de *fuerza* creciente o de *debilidad* creciente:

En parte porque la fuerza de *crear*, de *querer*, ha cre-

cido hasta no necesitar nunca más esas interpretaciones de conjunto e incrustaciones de *sentido* («tareas más inmediatas», Estado, etc.).

En parte porque incluso remite la fuerza creadora—de crear *sentido*—, y la desilusión se convierte en el estado dominante. La incapacidad de *creer* en un «sentido», la «incredulidad».

¿Qué significa la *ciencia* en relación a ambas posibilidades?:

1) Como signo de fuerza y autodominio, como *poder*—prescindir de mundos de ilusiones redentoras y consoladoras.

2) Como minadora, seccionadora, desilusionante, debilitadora. [...] 9[60]

• Quien sabe como se forma toda *fama* también albergará sospechas contra la fama de que goza la virtud. 9[78]

• Es necesaria la *aceptación del ente* para poder pensar e inferir: la lógica tan sólo maneja fórmulas para cosas estables.

Por ello esa aceptación carecería de fuerza probatoria para la realidad: «el ente» forma parte de nuestra óptica.

El «yo» como ente (intacto ante el devenir y la evolución).

El *mundo ficticio* del sujeto, de la substancia, de la «razón», etc. es necesario: hay en nosotros un poder que ordena, simplifica, falsifica, separa artificialmente. «Verdad»: voluntad de hacerse dueño de la multiplicidad de las sensaciones, *ensartar* los fenómenos bajo categorías determinadas.

En ello partimos de la creencia en el «en sí» de las cosas (tomamos los fenómenos como *reales*).

El carácter del mundo en devenir como *informulable*, como «falso», como «contradiciéndose».

*Conocimiento* y devenir se excluyen.

*Por consiguiente* el «conocimiento» tiene que ser otra cosa: tiene que precederle una voluntad de hacer-cognoscible, una especie de devenir mismo tiene que crear la *ilusión del ente*. 9[89]

• A la grandeza le pertenece lo terrible: que nadie se deje engañar. 9[94]

• Fracasamos al afirmar y negar una y la misma cosa: éste es un principio empírico subjetivo en el que no se expresa ninguna «necesidad», *sino solamente una impotencia*.

Si, según Aristóteles, el *principio de contradicción* es el más cierto de todos los principios, si es el último y el más básico, al que se remite toda demostración; si en él reside el principio de todos los demás axiomas, en-

tonces se debería sopesar con el mayor rigor qué aseveraciones *presupone* ya en el fondo. ¿O bien, con él se asevera algo concerniente a la realidad, a lo existente, como si ya lo conociéramos por otros medios: es decir que los predicados contradictorios no *pueden* serle aplicados. O bien, el principio significa que los predicados contradictorios no *deben* serle aplicados? En este caso, la lógica sería un imperativo, *no* para el conocimiento de lo verdadero, sino para sentar y disponer un mundo *que nosotros debemos llamar verdadero*.

En resumen, la cuestión permanece abierta: ¿Los axiomas lógicos son adecuados a lo real, o bien son norma y medio propios para *crear* lo real, el concepto de «realidad»?... Pero, para poder afirmar lo primero se tendría—como se ha dicho—que conocer ya lo existente; cosa que en absoluto es el caso. Así pues, el principio no comporta ningún *criterio de verdad*, sino un *imperativo sobre lo que DEBE valer como verdadero*.

Admitiendo que no existe en absoluto esa A idéntica a sí misma tal como presupone toda proposición de la lógica (también de la matemática), esa A sería ya una *aparencia*; entonces la lógica tendría como presuposición un mundo meramente *aparente*. De hecho, creemos en aquella proposición bajo la impresión de la infinita empiria que, constantemente, parece *confirmarla*. La «cosa», ése es el auténtico sustrato de aquella A: *nuestra creencia en «cosas»*, es la presuposición de

nuestra creencia en la lógica. La A de la lógica es, como el átomo, una reconstrucción a partir de la «cosa»... En la medida que no comprendemos eso y que hacemos de la lógica un criterio del *verdadero ser*, estamos ya en trance de sentar como realidades todas estas hipóstasis: substancia, predicado, objeto, sujeto, acción, etc.; es decir: concebir un mundo metafísico, esto es: un «mundo verdadero» (*el cual no obstante es otra vez el mundo aparente*). [...]

La prohibición conceptual a contradecirse procede de la creencia en que *podemos* formar conceptos y en que un concepto no sólo denomina lo verdadero de una cosa, sino que lo *atrapa*... De hecho, la *lógica* (como la geometría y la aritmética) sólo trata de *verdades ficticias QUE NOSOTROS HEMOS CREADO*. La lógica es el intento *de comprender el mundo real según un esquema del ser puesto por nosotros mismos, de hacerlo más exacto, formulable para nosotros, calculable* ... 9[97]

#### • Estética

Los estados en que ponemos *transfiguración y plenitud* en las cosas y las componemos artísticamente hasta que reflejen nuestra propia plenitud y alegría de vivir:  
el impulso sexual  
la embriaguez  
el buen comer  
la primavera

la victoria sobre el enemigo, el escarnio  
el momento de bravura; la crueldad; el éxtasis del sentimiento religioso.

TRES elementos principalmente: el impulso sexual, la embriaguez y la crueldad; todos ellos pertenecen al más antiguo *júbilo FESTIVO* del hombre; igualmente todos ellos predominan en el «artista» que comienza. [...] 9[102]

• «Quiero esto y aquello», «me gustaría que esto y aquello fuera así», «sé que esto y aquello es así». Los grados de la fuerza: el hombre de la *voluntad*, el hombre del *deseo*, el hombre de la *creencia*. 9[104]

• [...] *Para la crítica del pesimismo*

El «predominio del *dolor sobre el placer*» o a la inversa (el hedonismo): estas dos doctrinas son ya por ellas mismas referencias a *nihilistas*... Pues en los dos casos no hay ningún otro *sentido* último que el del fenómeno del placer o del desplacer. [...] 9[107]

• El «sujeto» es tan sólo una ficción; no existe en absoluto el *Ego* del que se habla cuando se vitupera el egoísmo. 9[108]

• La lucha contra los *grandes* hombres viene justificada por razones económicas. Son peligrosos, azarosos,

excepciones, tempestuosos, suficientemente fuertes para poner en cuestión todo lo lentamente construido y fundado. [...]

9[137]

• N.B. *Servirse* de todo lo terrible particularmente, de manera gradual, a título de ensayo: así lo quiere la tarea de la cultura. Ahora bien hasta que ésta no sea *suficientemente fuerte* para ello tiene que combatirlo, moderarlo, velarlo, incluso maldecirlo...

Allí donde una cultura *pone el mal*, expresa con ello una relación *de temor*, es decir una *debilidad*... [...]

9[138]

• [...] *Summa*: la moral es exactamente tan «inmoral» como cualquier otra cosa sobre la tierra: la moralidad misma es una forma de inmoralidad.

Gran *liberación* que comporta esta perspectiva: la contradicción es apartada de las cosas, es *restablecida* la univocidad en todos los acontecimientos.

9[140]

• Ultralaboriosidad, curiosidad y empatía—nuestros *modernos vicios*.

9[141]

• *Para la «apariencia lógica»*

Los conceptos «individuo» y «especie» son igualmente falsos y meramente aparentes. [...]

La forma vale como algo duradero y, por tanto, de pleno valor. Ahora bien la forma ha sido inventada meramente por nosotros y por mucho que «se realice la misma forma» no significa que *sea la misma* forma, sino que *siempre aparece algo nuevo* y únicamente nosotros (que comparamos) sumamos lo nuevo—en la medida que iguala lo antiguo—en el conjunto de la unidad de la «forma». Como si se debiera alcanzar un *tipo* y, en cierto modo, la imagen inherente e imaginada.

La *forma*, la *especie*, la *ley*, la *idea*, el *fin*, en todo ello se ha cometido el mismo error de introducir una falsa realidad en una ficción: como si el acontecimiento llevara en sí algún tipo de obediencia. Se lleva a cabo una separación artificial en el acontecimiento entre *lo que hace y hacia lo que se dirige* la acción (pero *lo que y lo hacia que* son puestos tan sólo por nosotros a partir de la obediencia a nuestra dogmática metafísico-lógica: ningún «hecho»).

Esa *compulsión* por formar conceptos, especies, formas, fines, leyes, «*un mundo de casos idénticos*», no hay que entenderla como si con ella estuviéramos en condiciones de fijar el *mundo verdadero*, sino como compulsión por disponer un mundo donde fuese posible *nuestra existencia*. Creamos con ello un mundo que para nosotros es calculable, simplificado, comprensible, etc.

Esta misma compulsión existe en la *actividad de los sentidos* que auxilia al entendimiento por ese simplifi-

car, esquematizar, subrayar y elaborar sobre los que reposa todo «re-conocer», toda posibilidad de hacerse inteligible. Nuestras *necesidades* han hecho tan precisos nuestros sentidos que el «mundo de los fenómenos iguales» siempre se repite y por tanto adquiere la apariencia de la *realidad*.

Nuestra subjetiva compulsión a creer en la lógica expresa tan sólo que, mucho tiempo antes de haber tenido conciencia de la lógica, no hemos hecho otra cosa que INTRODUCIR sus postulados en el acontecimiento. Ahora no podemos hacer otra cosa que encontrarnos en el acontecimiento y entonces suponer que esa compulsión garantiza algo sobre la «verdad». Nosotros somos los que hemos creado «la cosa», la «cosa idéntica», el sujeto, el predicado, la acción, el objeto, la substancia, la forma, después que hemos tratado al máximo de *hacer* igual, de *hacer* aproximado y simple.

El mundo nos *parece* lógico, porque primero nosotros lo hemos logificado. 9[144]

• ¿Por qué medios llega una virtud al poder?

Exactamente con los medios de un partido político: calumnia, sospecha, minando las virtudes de las aspiraciones contrarias que ya están en el poder, cambiándoles su nombre, persecución y escarnio sistemáticos: en definitiva, *por medio de puras «inmoralidades»*. [...]

9[147]

• [...] El creciente empequeñecimiento del hombre es precisamente la fuerza que nos impulsa a pensar en la formación de una *raza más fuerte*. Ella tendría su excedente allí donde la especie empequeñecida sería más débil (voluntad, responsabilidad, certeza de sí, capacidad-de-ponerse-fines).

Los *medios* serían los que enseña la historia: el *aislamiento* por intereses de conservación inversos a los ordinarios hoy día; la práctica de valoraciones inversas; la distancia como *pathos*; la libre conciencia en lo hoy más infravalorado y más prohibido.

La *igualación* del hombre europeo es el gran proceso que es incontenible; incluso se debe acelerarlo.

Con ello se ha dado la necesidad de una *apertura abismal*, de una *distancia*, de una *jerarquía*; no la necesidad de ralentizar ese proceso.

Esta especie *igualada*, tan pronto como lo ha logrado, exige una *justificación*; tal justificación reside en el servicio a una especie soberana superior, la cual se mantiene sobre ella y solamente sobre ella puede elevarse hasta su tarea.

[Resultará] no tan sólo una raza de señores cuya tarea se agote en gobernar, sino una raza con *su propia esfera vital*, con un excedente de fuerza para la belleza, la audacia, la cultura, las maneras hasta en lo más espiritual; una raza *afirmadora* que pueda permitirse todo gran lujo..., suficientemente fuerte para no tener

necesidad de la tiranía del imperativo de la virtud, suficientemente rica para no tener necesidad de la parsimonia ni de la pedantería, más allá del bien y del mal; un invernáculo para plantas raras y selectas.

9[153]

• *El patronato de la virtud*

Codicia

Sed de dominio

Pereza

Simpleza

Temor

todos tienen un interés en favor de la causa de la virtud: por esto se mantiene. 9[175]

• *Los tres siglos*

Sus respectivas sensibilidades se expresan de la mejor manera así:

*Aristocratismo* Descartes, reino de la *razón*, testimonio de la soberanía de la *voluntad*.

*Feminismo* Rousseau, reino del *sentimiento*, testimonio de la soberanía de los *sentidos* (engañoso).

*Animalismo* Schopenhauer, reino de los *apetitos*, testimonio de la soberanía de la animalidad (más honrado, pero más tenebroso).

El siglo xvii es *aristocrático*, ordenador, desdeñoso ante lo animal, severo para con el corazón, «incómodo»

do», incluso sin alma, «no alemán», retraído respecto a lo burlesco y lo natural, generalizador y soberano respecto al pasado: pues cree en sí mismo. Para permanecer señor, tiene en el fondo mucho de fiera, mucho de hábitos ascéticos. El siglo de la *fuerza DE VOLUNTAD*, pero también de la fuerte pasión.

El siglo xviii está dominado por la *mujer*, entusiasta, ingenioso, superficial, pero con un espíritu al servicio de la deseabilidad, del corazón, libertino en el placer más espiritual, socavador de todas las autoridades; embriagado, jovial, claro, humano, falso ante sí mismo, en el fondo muy canalla, sociable...

El siglo xix es *más animal*, más subterráneo, *más desagradable*, más realista, más plebeyo, y por ello mismo «mejor», «más auténtico», más dado a someterse a la realidad—sea del tipo que sea—, *más veraz*, sin ninguna duda: *más natural*; pero de débil voluntad, triste y de una oscura exigencia, fatalista. Ni la «razón» ni el «corazón» le inspiran respeto ni gran consideración, profundamente convencido del dominio de los apetitos (Schopenhauer dice «voluntad»; pero nada es tan característico de su filosofía como que en ella falte la voluntad, la absoluta negación del auténtico *querer*), incluso la moral es reducida a un instinto («compasión»).

Augusto Comte es *continuación del siglo xviii* (dominio del corazón sobre la cabeza, sensualismo en la teoría del conocimiento, entusiasmo altruista).

El hecho de que la *ciencia* haya devenido soberana en tal grado prueba hasta qué punto el siglo XIX se ha liberado de la dominación de los *ideales*. Una cierta «sobriedad» en el deseo posibilita nuestra curiosidad y rigor científicos—esa suerte de virtud tan nuestra...

El romanticismo es el *último coletazo* del siglo XVIII, un tipo de pretensión aupada hasta su entusiasmo por el gran estilo (buena parte es en realidad farsa y autoengaño: se querría representar la *naturaleza fuerte, la gran pasión*).

El siglo XIX busca instintivamente *teorías* con las cuales sentir justificada su *sumisión fatalista a los hechos*. Ya el triunfo de *Hegel* sobre el «sentimentalismo» y el idealismo romántico se basaba en su manera fatalista de pensar, en su creencia en que la razón superior está del lado del triunfador, en su justificación del «estado» real-efectivo (en el lugar de la «humanidad», etc.). Schopenhauer: somos algo necio y, en el caso mejor, algo que se anula a sí mismo. Triunfo del determinismo, de la deducción genealógica de las *obligaciones* consideradas anteriormente como válidas absolutamente, la doctrina del medio y de la adaptación, la reducción de la voluntad a movimientos reflejos, la negación de la voluntad como «causa eficiente»; finalmente un auténtico cambio de nombre: se ve tan poca voluntad que el término queda *libre* para designar alguna otra cosa.

Otras teorías: la doctrina de la consideración *objetiva* y «depurada de voluntad» como único camino hacia la verdad; incluso *también hacia la belleza*; el mecanismo, la rigidez calculable del proceso mecánico; el pretendido «naturalismo». Eliminación como principio del sujeto que selecciona, juzga, interpreta—incluso la creencia en el «*Genio*»—, para tener un derecho a la *sumisión*. [...]

• El problema del siglo XIX. ¿Si su lado fuerte y su lado débil se pertenecen mutuamente? ¿Si está tallado de una única madera? ¿Si podemos ver *como* algo superior la diversidad de sus ideales y si las contradicciones de éstos están condicionadas por un fin superior?—Pues podría ser *predestinación para la grandeza* el crecer, en tan gran medida, bajo una furiosa tensión. El descontento, el nihilismo *podría ser un buen signo*.

• El concepto de *substancia* es una consecuencia del concepto de *sujeto*, ¡no al contrario! Si sacrificamos el alma, «el sujeto», entonces falta completamente la condición previa para una «substancia». Se obtienen *grados del ente*, pero se pierde *el ente*.

Crítica de la «*realidad*»: ¿de dónde procede el «*más o menos de realidad*», la gradación del ser en la que creemos?

Nuestro grado de *sentimiento de vida y de poder* (lógica y conexión de lo experimentado) nos da la medida del «ser», de la «realidad», de la no-apariencia.

*Sujeto*: tal es la terminología de nuestra creencia en una *unidad* bajo todos los distintos momentos del supremo sentimiento de realidad. Entendemos esa creencia como *efecto* de Una causa—creemos tanto en nuestra creencia que, en resumidas cuentas, por culpa suya nos imaginamos la «verdad», la «realidad», la «substancialidad».

«Sujeto» es la ficción como si muchos estados *iguales* fueran en nosotros el efecto de Un sustrato. Ahora bien, primero *nosotros* hemos establecido la «igualdad» de esos estados. *Sentar* su igualdad y *ponerlos* en orden es *lo efectivo*, no la igualdad (ésta es más bien *discutible*).

10[19]

• *Perspectiva general*

En realidad todo gran crecimiento trae consigo también enormes *desmoronamientos* y *desapariciones*.

El sufrimiento y los síntomas de la decadencia *pertenecen* a las épocas de enormes avances.

Todo movimiento fructífero y poderoso de la humanidad ha *producido* paralelamente un movimiento nihilista.

En determinadas circunstancias, el indicio de un crecimiento decisivo y completamente esencial, del

paso a nuevas condiciones de existencia, sería que viera al mundo la *más extrema* forma del pesimismo, el auténtico *nihilismo*.

*He aquí lo que he comprendido.*

10[22]

• *Perspectiva general*: El carácter *equivoco* de nuestro mundo moderno—en efecto los mismos síntomas podrían significar la *decadencia* y la *pujanza*. Y los indicios de la *pujanza*, de la conquistada mayoría de edad, podrían ser MALINTERPRETADOS como *debilidad* con motivo de la tradicional (*retardada*) apreciación emotiva. Brevemente, el *sentimiento*, como *sentimiento valorativo*, no está a la altura de los tiempos.

*Generalizando*: el *sentimiento valorativo* está siempre ATRASADO, expresa las condiciones de conservación y de crecimiento de un tiempo muy anterior: lucha contra las nuevas condiciones de existencia, en las cuales no ha crecido y que malinterpreta necesariamente, que enseña a considerar con desconfianza, etc.: obstruye, despierta la sospecha contra lo nuevo... [...]

10[23]

• La *ciencia*, sus dos perspectivas:

atendiendo a los individuos

atendiendo a los complejos culturales («niveles»)

—evaluación contradictoria según una u otra perspectiva.

10[27]



• En lugar de la «sociedad», el *complejo cultural* como *mi* interés prioritario (por así decirlo como totalidad, relativamente a sus partes). 10[28]

• *Tesis principal.* En qué grado el *nihilismo completo* es la consecuencia necesaria de los ideales tradicionales.

—El nihilismo *incompleto*, sus formas: vivimos en medio de su interior.

—Los *intentos de escapar del nihilismo*, sin transvalorar esos valores, producen lo contrario: agravan el problema. 10[42]

• El *nihilista consumado*.—El ojo del nihilista, *que idealiza tendiendo a la fealdad*, que practica la infidelidad respecto a sus recuerdos (los deja caer, deshojarse; no los protege contra las cadavéricas decoloraciones que la debilidad derrama sobre lo lejano y lo pasado); y lo que no practica consigo mismo, tampoco lo hace respecto a la totalidad del pasado humano—deja que caiga. 10[43]

• [...] Más natural [que la del siglo XVIII] es nuestra posición sobre el *conocimiento*. Poseemos el *libertinaje* del espíritu con toda su inocencia, odiamos las maneras patéticas y hieráticas, nos deleitamos en lo más prohibido, no sabríamos encontrar ningún interés

por el conocimiento si nuestro camino hacia él fuera demasiado aburrido.

Más natural es nuestra posición sobre la *moral*. Los principios se han convertido en ridículos; ya nadie se permite hablar sin ironía de su «deber». Pero se aprecia un carácter benefactor y benévolo (se ve la moral en el *instinto* y se desdeña el resto), además de un par de conceptos de cuestión de honor.

Más natural es nuestra posición *in politicis*. Vemos problemas de poder, de un *quantum* de poder contra otro *quantum*. No creemos en un derecho que no repose en el poder de prevalecer: experimentamos todos los deberes como conquistas.

Más natural es nuestra apreciación *de los hombres y de las grandes cosas*: consideramos la pasión como un privilegio, no encontramos nada grande donde no se incluya algún gran crimen; concebimos todo ser-grande como un ponerse-más-allá respecto de la moral.

Más natural es nuestra posición sobre la *naturaleza*; ya no la amamos por su «inocencia», «razón», «belleza», sino que la hemos bellamente «endemoniado» y «embrutecido». Pero en lugar de menospreciarla por ello, nos sentimos con ella más emparentados y mejor acogidos. *No aspira a la virtud*, por eso la estimamos. [...] 10[53]

• ¡No hacer los hombres «mejores», no hablarles con cualquier tipo de moral, como si existiera en general «moralidad en sí» o un tipo ideal de hombre; sino *crear situaciones* bajo las que *son necesarios hombres MÁS FUERTES*, los cuales por su parte necesitan—y en consecuencia *tendrán*—una *moral* (más claramente dicho: una *disciplina corporal y espiritual*) *que los haga fuertes*.

¡No dejarse seducir por azules ojos o por pechos entusiastas: *la grandeza del alma no tiene en sí nada de romántico*. Y desafortunadamente *en absoluto nada de amable!*  
10[68]

• Ante todo, mis virtuosos caballeros, no tenéis ninguna preeminencia sobre nosotros. Queremos gentilmente reconducir vuestros ánimos a la *modestia*: es astucia y un mezquino interés personal lo que os induce hacia vuestra virtud. Y si tuvierais más fuerza y valor en el cuerpo, no os rebajaríais de tal manera a virtuosa nulidad. Hacéis lo que podéis: en parte lo que tenéis que hacer—a lo que vuestras circunstancias os obligan—, en parte lo que os produce placer, en parte lo que os parece útil. Pero en tanto que hacéis solamente lo que conviene a vuestras inclinaciones, o lo que os dictamina vuestra necesidad, o lo que os es útil, entonces *¡no debéis ni permitir os alabaros, ni dejar que os alaben!*... Se es un hombre de *tipo radicalmente pequeño*

cuando se es tan sólo *virtuoso*: ¡sobre ello no debéis llevaros a error! [...]  
10[83]

• ¿Contra qué protesto? Contra que se tome como algo elevado, incluso como la *medida del hombre*, a esa pequeña y apacible mediocridad, ese equilibrio de un alma que no conoce los grandes impulsos de las grandes acumulaciones de fuerza.

NB. *Bacon de Verulam*: «la plebe alaba las pequeñas virtudes, admira las medianas, no comprende en absoluto las grandes». [...]  
10[98]

• A aquellos hombres *que de alguna manera me encienden* les deseo: sufrimiento, abandono, enfermedad, malos tratos, degradación. Les deseo que no les sea desconocido el profundo autodesprecio, la tortura de la desconfianza ante sí mismo, la miseria del vencido. No les tengo ninguna compasión, porque les deseo lo único que hoy permite comprobar si alguien tiene *valor* o no, *que se mantenga firme...*

Todavía no he conocido a ningún idealista, sí en cambio a muchos mentirosos.  
10[103]

• En resumidas cuentas ¿qué he obtenido? No silenciamos este maravilloso resultado: he otorgado a la virtud un nuevo *encanto*: produce-el-efecto de algo *prohibido*. [...] Brevemente, obra como un vicio. Sólo

después que lo hemos reconocido todo como mentira y apariencia, nos es permitido también percibir de nuevo la más bella falsedad, la de la virtud. No hay ninguna otra instancia que nos la pueda prohibir: simplemente habiendo mostrado la virtud como una *forma de la inmoralidad*, se la *legítima* de nuevo. Reintegrada y situada en relación a su fundamental significado, participa de la inmoralidad fundamental de toda existencia—como una forma de lujo de primer orden, la forma más soberbia, más costosa y más rara del vicio. [...] 10[110]

• Cada sociedad tiene la tendencia de degradar hasta la *caricatura* y, por así decirlo, matar de hambre a sus adversarios—al menos en su *representación*. Una caricatura semejante es, por ejemplo, nuestro «*criminal*». En medio del orden aristocrático-romano de los valores, fue el *judío* reducido hasta la caricatura. Entre los artistas es caricaturizado el «hombre de bien y burgués»; entre los piadosos, el ateo; entre los aristócratas, el hombre del pueblo. Entre los inmoralistas lo es el moralista: por ejemplo en mi caso, es caricaturizado Platón. 10[112]

• [...] *Astucia* de los idealistas de no ser más que los misioneros y representantes de un ideal: así se «transfiguran» a los ojos de aquellos que creen en el desin-

terés y el heroísmo. No obstante, el heroísmo real consiste *no* en combatir bajo la bandera del sacrificio, de la abnegación y del desinterés, sino en *no combatir en absoluto...* «Así soy yo; así lo quiero yo: ¡que el diablo se os lleve!». 10[113]

• He declarado la guerra al anémico ideal cristiano (incluido todo lo que le está estrechamente emparentado), no con la intención de aniquilarlo, sino tan sólo para poner un final a su *tiranía* y dejar espacio libre para nuevos ideales, para ideales *más robustos...* La *continuidad* del ideal cristiano pertenece a las cosas más deseables y valiosas que existen: y precisamente por los ideales que quieren hacerse valer junto a él y, quizás, sobre él. Se tiene que tener *fuertes* adversarios para ser *fuerte*. Igualmente necesitamos nosotros—los inmoralistas—el *poder de la moral*: nuestro instinto de conservación quiere que nuestros *adversarios* mantengan sus fuerzas, quiere tan sólo ser *señor sobre ellos*. 10[117]

• [...] Aprecio al hombre según el *quantum de poder* y de *plenitud de su voluntad*: no según la debilidad y extinción de ésta; considero una filosofía que *enseña* la negación de la voluntad como una doctrina de degradación y de calumnia...

Aprecio el *poder* de una *voluntad* por la cantidad de

oposición, dolor, tortura, que soporta y sabe convertir en su provecho; según tal criterio tiene que estar muy lejos de mi ánimo reprochar a la existencia su carácter malvado y doloroso, sino que albergo la esperanza que algún día será más malvada y dolorosa, como hasta ahora... [...] 10[118]

• *Nosotros, los «objetivos»*

No es la «compasión» lo que *nos* abrirá la puerta a las más lejanas y extrañas formas de ser y de cultura, sino nuestra accesibilidad y despreocupación que no «padece con», sino que al contrario se deleita con cien cosas por las cuales sufría anteriormente (se indignaba o conmovía, o bien las consideraba hostil y fríamente). El sufrimiento con todos sus matices nos es hoy interesante: por ello *no* somos ciertamente los más compasivos; incluso cuando la visión del sufrimiento nos estremece por completo y nos hace derramar lágrimas, no por ello somos en definitiva caritativos. [...] 10[119]

• ¿Cómo es posible que alguien *sólo* se respete precisamente en relación a los valores morales, que *subordine* todo lo demás y lo tenga por insignificante en comparación con el bien, el mal, la corrección, la salud del alma, etc.? [...] 10[121]

• NB. ¡No hay que confundir: probar la hipótesis y explicar en función de la hipótesis! 10[129]

• Necesidad de una objetiva *institución del valor*

En comparación con la enormidad y multiplicidad del trabajo en favor y en contra de lo que representa la vida global de todo organismo, el mundo *consciente* de sentimientos, intenciones, evaluaciones es una pequeña fracción. Nos falta toda justificación para considerar este fragmento de conciencia como fin, como porqué, de todo el fenómeno global de la vida. Evidentemente, tomar conciencia es tan sólo un medio más para el fomento y la extensión del poder de la vida. Por ello es una ingenuidad poner como valores supremos al placer, a la espiritualidad, a la moralidad o a cualquier otra particularidad de la esfera de la conciencia, y—quizás—justificar «el mundo» a partir de ellos. Ésta es mi *objeción fundamental* contra todas las cosmo- y teo-diceas filosófico-morales, contra todos los *porqué* y todos los *valores supremos* en la filosofía y en la filosofía de la religión tradicionales. *Un tipo de medio ha sido erróneamente interpretado como fin, inversamente la vida y su aumento de poder han sido degradados a medio.*

Si quisiéramos poner con suficiente amplitud un fin a la vida, no debería coincidir con ninguna categoría de la vida consciente; más bien se tendría que *ex-*

*plicar* cada una de esas categorías como medios hacia sí... [...]

El *error fundamental* consiste siempre en que en lugar de comprender la conciencia como instrumento y particularidad dentro de la vida global, la ponemos como criterio, como supremo estado de valor de la vida; en pocas palabras: la errónea perspectiva de *la parte por el todo*. Por ello instintivamente todos los filósofos tienden a imaginar una conciencia global, una manera consciente de participar en la vida y en el querer de todo lo que pasa, un «espíritu», «Dios». Pero se les tiene que decir que *precisamente con ello* la existencia deviene un *monstruo*, que un «Dios» y un *sensorium* global sería inevitablemente algo por lo que tendría que *condenarse* la existencia... Precisamente el hecho de que hayamos *eliminado* la conciencia global, que pone fines y medios, es nuestro *gran alivio* que nos libera de *tener* que ser pesimistas... *Nuestro mayor reproche* contra la existencia era la *existencia de Dios*... 10[137]

• La única posibilidad de conservar un sentido para el concepto de «Dios» sería: *Dios no* como fuerza motriz, sino Dios como *estado máximo*, como una *época*... Un punto en el desarrollo de la *voluntad de poder*, a partir de aquí se explicaría tanto el desarrollo posterior como el anterior, lo hasta-él... [...] 10[138]

• Amo a los infelices que se *avergüenzan de sí mismos*, que no derraman llenos de orgullo sus orinales en la calle, que tienen suficiente buen gusto en el corazón y en la lengua como para decirse: «hay que honrar tal infelicidad, hay que disimularla»... 10[141]

• Hay que haber experimentado algo más terrible y profundo que los señores pesimistas de hoy día, esos estériles monos a los que no les ha pasado nada terrible ni profundo, para que se pueda respetar su pesimismo. 10[142]

• N.B. Continuar a partir de este punto lo dejo a otro tipo de espíritu que no es el mío. No soy tan torpe como para un sistema—aun incluso *mi sistema*... 10[146]

• [...] «Devenir igual a Dios», «fundirse en Dios», estos fueron durante milenios los anhelos más ingenuos y convincentes (ahora bien una cosa que convence no es por ello más verdadera: es simplemente *convinciente*. Observación para asnos). [...] 10[150]

• MI INTENCIÓN, mostrar la absoluta homogeneidad en todo lo acontecido y la aplicación de la distinción moral tan sólo como *condicionada perspectivamente*, mostrar cómo todo lo alabado moralmente es esencialmen-

te idéntico a todo lo <sup>in</sup>moral y cómo todo desarrollo de la moral sólo ha sido posible a través de medios <sup>in</sup>morales y hacia fines <sup>in</sup>morales...; cómo—inversamente—todo lo que es desacreditado como inmoral es—considerado económicamente—lo superior y lo más fundamental, y cómo un desarrollo hacia una mayor plenitud de la vida condiciona necesariamente también el *progreso de la inmoralidad*... «Verdad» el grado en que nos *permitimos* el discernimiento de *este* estado de cosas...

10[154]

• «Se piensa, luego hay pensador»: así culmina la *argumentatio* de Descartes. Pero implica presuponer como «verdadera *a priori*» nuestra creencia en el concepto de substancia. Ahora bien, se trata simplemente de una fórmula de nuestro hábito gramatical (que a un acto pone un autor) que, si se piensa, tiene que haber algo «que piensa». Brevemente, aquí se impone ya un postulado lógico-metafísico y *no simplemente se constata*... Por la vía de Descartes *no* se llega a algo con certeza absoluta, sino tan sólo a un *factum* de una muy fuerte creencia.

Si se reduce la proposición a «se piensa, luego hay pensamientos», entonces se tiene una mera tautología, y precisamente permanece intacto lo que era la cuestión: la «*realidad* del pensamiento» (es decir, bajo esta forma no es refutable la «apariencia» del pensamien-

to). Lo que *quería* Descartes era que el pensamiento no tuviera solo una *realidad aparente*, sino *en sí*. 10[158]

• *Para el plan*

El *nihilismo radical* es la convicción de la absoluta inconsistencia de la existencia cuando se trata de los supremos valores reconocidos, incluyendo la *comprensión* de que no tenemos el mínimo derecho a poner un más allá o un en-sí de las cosas que fuera «divino», la moral personificada.

Esta comprensión es una consecuencia de la «veracidad» llevada a la madurez, por tanto una consecuencia de la creencia en la moral.

*La antinomia es ésta*: más creemos en la moral, tanto más *condenamos* la existencia.

*La lógica del pesimismo hasta el último NIHILISMO: ¿qué lo empuja?*—Concepto de la falta de valor, de la falta de sentido: en la medida que las valoraciones morales se esconden detrás de todos los otros altos valores.

— Resultado: *los juicios valorativo-morales son condenas, negaciones; la moral es la renuncia a la voluntad de existencia*...

Problema: *¿Pero qué es la MORAL?* 10[192]

• PAGANO-CRISTIANO

*Pagano* es decir sí a lo natural, el sentimiento de inocencia en lo natural, «la naturalidad».

*Cristiano* es el decir no a lo natural, el sentimiento de indignidad en lo natural, la antinaturalidad. [...]

10[193]

• Se es artista al precio de experimentar como *contenido*, como «la cosa misma», lo que todos los no-artistas llaman «forma». Con ello se toma parte sin duda en un *mundo invertido*, pues a partir de ese momento para uno el contenido deviene algo meramente formal—nuestra vida incluida.

11[3]

• Si se es filósofo, en el sentido en que siempre se ha sido filósofo, no se tienen ojos para lo que era o lo que será: se ve solamente «lo que es». Ahora bien, puesto que no existe «lo que es», entonces al filósofo sólo le es reservado lo imaginario como su «mundo».

11[5]

• No se puede encontrar por la vía de la investigación sobre la evolución lo que es la causa *que* produce—en general—la evolución: no se la debe querer entender como «deviniendo», ni aún menos como devenida...

La «voluntad de poder» no puede haber devenido.

11[29]

• El «mundo verdadero» tal como siempre hasta hoy ha sido concebido, ha sido siempre el mundo aparente *otra vez*.

11[50]

• [...] ¿Qué combatimos en el cristianismo? Que quiera quebrantar a los fuertes, desanimar su ánimo, explotar sus horas malas y fatigas, que quiera convertir su orgullosa seguridad en inquietud y en necesidad de conciencia, que trate de envenenar y enfermar los instintos nobles hasta que su fuerza, su voluntad de poder, retroceda, se gire contra sí misma—hasta que los fuertes perezcan bajo las extravagancias del auto-desprecio y de los malos tratos a sí mismos: esa horrible manera de perecer cuyo más célebre ejemplo ofrece Pascal.

11[55]

• «La suma de los dolores supera a la suma de los placeres, por consiguiente el no ser del mundo sería mejor que su ser»: tal charlatanería se llama hoy pesimismo.

«El mundo es algo que—considerado racionalmente—no sería, porque causa al sujeto sensible más dolor que placer».

Placer y dolor son cosas secundarias, no ninguna causa; son juicios de valor de segundo orden, pues se deducen de un valor dominante. Son un «útil» y «dañino» que expresan una forma del sentimiento y, por consiguiente, absolutamente fugaz y dependiente; pues ante cada «útil» o «dañino» cabe preguntarse siempre cien diferentes ¿por qué?

Desprecio ese *pesimismo de la sensibilidad*: él mismo

es un signo del profundo empobrecimiento de la vida. [...] 11[61]

• [...] La decisión sobre lo que debe provocar desplacer y placer depende del grado de poder: lo mismo que, en relación a un pobre nivel de poder, aparece como peligro y necesidad de la más rápida defensa, puede, en situación de una intensa conciencia de plenitud de poder, tener como consecuencia una excitación voluptuosa, un sentimiento de placer.

Todos los sentimientos de placer y desplacer presuponen ya una *medición de la utilidad global y de la nocividad global*, por tanto una esfera donde resida el querer un fin (un estado) y la elección de los medios para ello. Placer y desplacer no son nunca «hechos originarios». [...] 11[71]

• [...] Más rigurosamente: *No se debe admitir ningún ente en general*, porque entonces el devenir pierde su valor y, directamente, aparece absurdo y superfluo.

Por consiguiente hay que preguntarse: ¿cómo pudo (o tuvo que) surgir la ilusión del ente?

Igualmente: ¿cómo se han desvalorizado todos los juicios de valor, que se basan en la hipótesis de que había ente?

Ahora bien, con ello se reconoce que esa *hipótesis del ente* es la fuente de toda *denigración del mundo*.

«El mundo mejor, el mundo verdadero, el mundo “del más allá”, la cosa en sí».

1) El devenir no tiene *ningún estado final*, no desemboca en un «ser».

2) El devenir no es *ningún estado aparente*, quizás el mundo *del ente* es una apariencia.

3) El devenir es de igual valor en todo momento: la suma de su valor permanece igual a sí misma. *Dicho de otra manera: no tiene en absoluto ningún valor*, pues falta algo a partir de lo cual fuera medible y en relación a lo cual tuviera sentido la palabra «valor».

El *valor global del mundo es invalorable*, en consecuencia el pesimismo se encuentra entre las cosas cómicas. 11[72]

• El punto de vista del «valor» es el punto de vista de las *condiciones de conservación y de crecimiento* en relación a las formaciones complejas de relativa duración vital en el seno del devenir. [...] 11[73]

• La satisfacción de la voluntad *no* es la causa del placer. Quiero combatir especialmente esa teoría superficial. La absurda falsa moneda psicológica de las cosas inmediatas...

Sino que la voluntad quiere avanzar y mantenerse dueña sobre lo que se pone en su camino. El sentimiento de placer reside precisamente en la insatisfac-



ción de la voluntad, pues sin límites ni resistencias no se sacia suficientemente...

«El feliz»: ideal gregario. 11 [75]

• Lo que se llama una buena acción es un mero malentendido; tales acciones no son posibles en absoluto.

El «egoísmo» tanto como el «altruismo» son una ficción popular, al igual que el individuo, el alma.

Dentro de la enorme pluralidad de acontecimientos interiores de un organismo, la parte de la que tomamos conciencia es un mero rincón. Incluso la pizca de «virtud», de «altruismo» y de ficciones semejantes resulta desmentida de una manera completamente radical por el restante acontecer general. Hacemos bien en estudiar nuestro organismo en su plena inmoralidad...

Por principio, las funciones animales son millones de veces más importantes que todos los bellos estados y alturas de la conciencia: estas últimas son un derroche, en la medida que no tienen que ser instrumentos para aquellas funciones animales.

Toda la vida *consciente*, el espíritu incluyendo el alma, incluyendo el corazón, incluyendo la bondad, incluyendo la virtud, ¿al servicio de quién trabajan? En favor del mayor perfeccionamiento posible de los medios (de nutrición, de crecimiento) de las fundamentales funciones animales, ante todo: del *crecimiento vital*.

Todo depende indeciblemente más de lo que lla-

mamos «cuerpo» y «carne»: el resto es un pequeño accesorio. Tal es la tarea: la tarea de continuar urdiendo la cadena total de la vida y así *hacer cada vez más fuerte el hilo*. Pero ahora se ve cómo corazón, alma, virtud, espíritu, se confabulan formalmente para *pervertir* esa tarea principal: como si *ellos* fueran los fines... La decadencia de la vida está esencialmente condicionada por la extraordinaria capacidad de errar de la conciencia: pues ella está mínimamente sujeta por los instintos y por ello se *confunde* máximamente en extensión y profundidad.

Medir el valor de la existencia mediante los *sentimientos agradables o desagradables de esa conciencia*. ¿se puede concebir una más loca extravagancia de la vanidad? La conciencia es tan sólo un medio: ¡y también los sentimientos agradables o desagradables son tan sólo un medio! ¿A partir de qué medir objetivamente el *valor*? Solamente a partir del *quantum* de *poder creciente y más organizado*, pues lo que acontece en cada acontecimiento es una voluntad de aumento... 11 [83]

• Toda la belleza y sublimidad que hemos prestado a las cosas reales e imaginarias, quiero yo reivindicarlas como propiedad y producción del hombre: como su más bella apología. El hombre como poeta, como pensador, como dios, como amor, como poder: ¡sobre su real magnanimidad, con la que ha obsequiado

las cosas para *empobrecerse* y *sentirse* miserable! Ésta fue hasta hoy su mayor abnegación: que haya admirado y adorado y haya sabido silenciar que era *él* quien había creado lo que admiraba. 11 [87]

• [...] Todos los «fines», «metas», «sentidos», son tan sólo medios de expresión y metamorfosis de una voluntad que es inherente a todo acontecer: la voluntad de poder. Tener fines, metas, intenciones, *querer*—en general—es querer-devenir-más-fuerte, querer crecer, y también querer los *medios para ello*.

El instinto más universal y subterráneo en todo hacer y querer ha permanecido precisamente por ello mismo lo más desconocido y oculto, porque *in praxi* seguimos siempre su dictado, porque nosotros *somos* ese dictado... Todas las tasaciones de valor son tan sólo consecuencias y perspectivas más estrechas *al servicio de esa única voluntad*: el tasar mismo del valor es tan sólo esa voluntad de poder. Una crítica del ser que haya partido de uno cualquiera de esos valores es algo absurdo e incomprensible; admitiendo incluso que en ella se haya introducido un proceso de decadencia, ese proceso se encuentra todavía *al servicio de esa voluntad*...

*Tasar el ser mismo*: pero en definitiva el tasar mismo es ese ser. E incluso al decir no, siempre y en todo momento no hacemos otra cosa sino lo que *somos*... Hay que comprender la *absurdidad* de esa pantomima de

juicio sobre la existencia; y, a partir de ello, tratar de adivinar lo que ahí se produce realmente. Es sintomático. 11 [96]

• El filósofo nihilista tiene la convicción de que todo acontecer carece de sentido y es en vano, y que no debería haber ningún ser sin sentido y vano. Pero ¿de dónde procede este «no debería»? Pero ¿de dónde obtiene *este* «sentido»? ¿*esta* regla? [...] 11 [97]

• [...] Resultado: la *creencia en las categorías de la razón* es la causa del nihilismo. Hemos medido el valor del mundo mediante categorías *que se refieren a un mundo puramente fingido*.

\* \*

Resultado final: todos los valores por los que hasta ahora hemos tratado de hacernos estimable el mundo y, precisamente, por los que al final lo hemos *desvalorizado*, cuando se mostraron inaplicables, todos estos valores son, considerados psicológicamente, resultados de determinadas perspectivas de la utilidad para mantener y aumentar las formaciones de dominación humana, sólo que falsamente *proyectadas* en la esencia de las cosas. Continua siendo la *ingenuidad hiperbólica* del hombre lo que le lleva a considerarse el sentido y la medida del valor de las cosas... 11 [99]

• Los valores supremos a cuyo servicio *debía* vivir el hombre, especialmente cuando disponían severa y onerosamente de él: estos *valores sociales* se edificaron sobre el hombre con la finalidad de su *fortalecimiento* tonal, como si fuesen mandamientos de Dios, como «realidad», como mundo «verdadero», como esperanza y mundo *futuro*. Ahora que se ha puesto en claro el origen mezquino de estos valores, nos parece que con ello el todo se desvaloriza, deviene «sinsentido»... pero éste es sólo un *estado provisional*. 11 [100]

• Que, finalmente y como tiene que ser, se retiren los valores humanos a su rincón, pues sólo tienen un derecho como valores de rincón. Ya han desaparecido muchas especies animales; suponiendo que también el hombre desapareciese, nada sería echado de menos en el mundo. Hay que ser suficientemente filósofo para no admirar tampoco *esta nada* (—*Nil admirari*—). 11 [103]

• *Para la psicología y la teoría del conocimiento*

Mantengo también la fenomenalidad del mundo *interior*: todo *lo que se nos hace consciente*, previamente y de cabo a rabo, ha sido preparado, simplificado, esquematizado, interpretado. El proceso *real* de la «percepción» interior, el *encadenamiento causal* entre pensamientos, sentimientos, anhelos, así como entre sujeto

y objeto, nos son absolutamente ocultos—y quizás una pura imaginación. Ese «aparente mundo *interior*» es tratado exactamente de la misma forma y con los mismos procedimientos que el mundo «exterior». Jamás nos encontramos con «hechos»: placer y desplacer son fenómenos intelectuales tardíos y derivados...

La «causalidad» se nos escapa; admitir entre pensamientos un originario vínculo inmediato como hace la lógica es consecuencia de la observación más grosera y más burda. *Entre dos pensamientos* tienen su papel *todavía todos los posibles afectos*: pero sus movimientos son demasiado rápidos y por ello los *desconocemos*, los *negamos*...

«Pensar» no sucede de ninguna manera tal como lo establecen los teóricos del conocimiento: se trata de una ficción completamente arbitraria, obtenida mediante la extracción de un elemento del proceso y la sustracción de todo el resto, una artificial disposición con la finalidad de la comprensibilidad...

El «espíritu», *algo que piensa*, en lo posible «el espíritu absoluto, puro, *pur*». Esta concepción es una segunda consecuencia derivada de la falsa observación de sí mismo que cree en el «pensar»: aquí *en primer lugar* se ha imaginado un acto que no existe, «el pensar», y *en segundo lugar*, imagina un sustrato—sujeto en el que tiene origen todo acto de ese pensar y nada más: es decir *no sólo el acto sino que incluso el actor es fingido*. 11 [113]

• Hay algunos que buscan siempre lo que es moral en algo; cuando dictaminan: «esto es injusto», creen que se tiene que suprimir y cambiar. Inversamente, yo no descanso hasta que pongo en claro en una cosa su *inmoralidad*. Cuando la he explicitado, se restablece mi equilibrio. 11 [116]

• Que entre sujeto y objeto tiene lugar un tipo de relación adecuada, que el objeto es algo que *mirado desde el interior* sería sujeto, es una benevolente invención que—como yo pienso—ya ha hecho su tiempo. La medida de lo consciente para nosotros de una manera general depende totalmente de la más tosca utilidad del ser-consciente: ¡Cómo la sinuosa perspectiva de la conciencia nos permite de alguna manera enunciaciones sobre «sujeto» y «objeto» con las que tuviera que ver la realidad! 11 [120]

• El advenimiento del *nihilismo*

El nihilismo no es meramente una tendencia a considerar lo «¡en vano!», ni tampoco solamente la creencia de que vale la pena que todo perezca: también pone mano a la obra, *ajusticia*... Esto es, si se quiere, *ilógico*: pero el nihilista no cree en la necesidad de ser lógico... El nihilismo es el estado de espíritus y voluntades fuertes: a los cuales no les es posible permanecer meramente en la negación «del juicio», brota de

su naturaleza la *negación del acto*. La aniquilación mediante el juicio secunda la aniquilación mediante la mano. 11 [123]

• «Un hombre tal como *debe ser*» suena de tan mal gusto como «un árbol como debe ser». 11 [132]

• *Para la crítica de las grandes palabras*. Estoy lleno de sospecha y de malicia contra lo que se denomina «ideal»: aquí estriba *mi pesimismo*, en haber reconocido cómo los «sentimientos elevados» son fuente de desgracia, esto es de empequeñecimiento y desvalorización del hombre.

Nos engañamos cada vez que esperamos un progreso en algún ideal. Hasta hoy cada triunfo de un ideal ha sido un *movimiento retrógrado*.

Cristianismo, revolución, abolición de la esclavitud, igualdad de derechos, filantropía, amor a la paz, justicia, verdad: todas estas grandes palabras sólo tienen valor en la lucha y como estandarte: *no* como realidades, sino como *palabras pomposas* destinadas para algo muy diferente (¡incluso opuesto!). 11 [135]

• Si queréis eliminar los fuertes antagonismos y la diferencia de rango, entonces abolid también el amor fuerte, el espíritu elevado, el sentimiento de ser-para-sí. 11 [141]

• Los tipos principales del pesimismo: el pesimismo de la *sensibilidad* (la hiperexcitabilidad con una preponderancia de los sentimientos de desplacer).

El pesimismo de la «*voluntad no libre*» (dicho de otra manera: la falta de fuerzas inhibitorias de las excitaciones).

El pesimismo de la *duda* (la aversión a todo lo firme, a todo comprender y tocar).

Los correspondientes estados psicológicos pueden observarse todos ellos en los manicomios, si bien bajo una cierta exageración. Igualmente se puede observar el «nihilismo» (el perforador sentimiento de la «nada»).

¿Pero dónde se sitúa el *pesimismo moral* de Pascal?

¿El *pesimismo metafísico* de la filosofía de los Vedanta?

¿El *pesimismo social* del anarquista (o de Shelley)?

¿El *pesimismo de la compasión* (como el de Tolstoi, de Alfred de Vigny)?

¿No son todos ellos por un igual fenómenos de decadencia y enfermedad?... La excesiva atribución de importancia a los valores morales, a las ficciones del «más allá», a las miserias sociales o a los *sufrimientos* en general, la *exageración* de un *particular* punto de vista es ya en sí un síntoma de enfermedad. ¡Igualmente el predominio del *no* sobre el *sí*!

*Aquí no hay que confundir*: el placer de decir-no y de hacer-no a partir de una fuerza y una tensión des-

comunales de decir-sí, propias de todos los hombres y épocas ricos y poderosos. Es igualmente un lujo, una forma de valentía que se enfrenta a lo terrible; una simpatía por lo que es espantoso y enigmático porque—entre otras cosas—se es espantoso y enigmático: lo *dionisiaco* en voluntad, espíritu, gusto.

11 [228]

• Todos vosotros carecéis del coraje de matar a un hombre, o simplemente azotarle, o incluso\* pero la formidable locura del Estado somete al individuo de tal manera que éste *rechaza* la responsabilidad sobre lo que él hace (obediencia, juramento, etc.).

—Todo lo que un hombre *hace* al servicio del Estado va en contra de su naturaleza...

—Igualmente, todo lo que *aprende* en relación al futuro servicio del Estado va en contra de su naturaleza.

Ello se obtiene mediante la *división del trabajo*, de manera que ya nadie más tiene la responsabilidad entera:

el legislador, ni aquel que ejecuta la ley.

el maestro-de-disciplina, ni aquellos que han sido endurecidos y agriados mediante la ley.

El Estado como la *violencia organizada*... 11 [252]

\* Palabra ilegible en el original.

• No se tiene ningún derecho ni a la existencia, ni al trabajo, ni incluso a la «felicidad»: no sucede de modo diverso con el hombre individual que con el más vil gusano. 11 [259]

• [...] El «ideal» es, para decirlo así, el tributo que paga el hombre por el enorme desgaste que ha de sufrir en todas sus reales y apremiantes tareas. Cuando la realidad está en suspenso, entonces aparece el sueño, la fatiga, la debilidad. Eso es propiamente «el ideal»: una forma de sueño, fatiga, debilidad... Las naturalezas más fuertes y las menos poderosas se igualan cuando les sobreviene este estado: *divinizan la suspensión del trabajo, de la lucha, de las pasiones, de la tensión, de las contradicciones, en suma de la «realidad»...* de la lucha por el reconocimiento, del *esfuerzo* por el reconocimiento.

Inocencia: así llaman al estado ideal de estupidez.

Beatitude: el estado ideal de pereza.

Amor: el estado ideal de animal gregario que no quiere tener ningún enemigo más.

De esta manera se ha elevado a *Ideal* todo lo que rebaja y envilece al hombre. 11 [278]

• Bajo el concepto de poder, ya sea el de un Dios, ya sea el de un hombre, se incluye siempre por igual la capacidad de *beneficiar* y la capacidad de *perjudicar*. Así

es en los árabes, así en los hebreos. Así es en todas las razas fuertes y bien constituidas.

Es un funesto paso *separar dualistamente* la fuerza para lo uno y para lo otro... Con ello la moral se hace envenenadora de la vida... 11 [287]

• *El nihilista*

El Evangelio: la noticia de que hay abierto un camino a la felicidad para los humildes y pobres, que sólo hay que liberarse de las instituciones, de la tradición, de la tutela de las clases superiores: en este sentido el cristianismo no va más allá de la *típica doctrina socialista*. [...] 11 [379]

• *Prólogo*

1

Las grandes cosas exigen que o bien se calle sobre ellas o bien se hable con grandeza: con grandeza, es decir cínicamente y con inocencia.

2

Lo que relato es la historia de los próximos dos siglos. Describo lo que viene, lo que ya no puede venir de otra manera: *el advenimiento del nihilismo*. Tal historia ya puede ser relatada hoy, porque la necesidad misma está actuando aquí. Tal futuro ya habla a través de un centenar de signos, tal destino se anuncia por todas partes; para esa música del futuro ya están afi-

nados todos los oídos. Toda nuestra cultura europea se mueve desde hace ya largo tiempo, con una torturante tensión que crece de década en década, como hacia una catástrofe: inquieta, violenta, precipitada, como una corriente que busca *el final*, que ya no reflexiona, que tiene miedo a reflexionar.

3

Quien aquí toma la palabra no ha hecho, en cambio y hasta ahora, otra cosa que *reflexionar*: como un filósofo y solitario por instinto que encontró su provecho en permanecer aparte, al margen, en la paciencia, en la dilación, en el demorarse; como un espíritu arriesgado y experimentador que se ha extraviado al menos una vez en cada laberinto del porvenir; como un espíritu profético que *mira atrás* mientras narra lo que vendrá; como el primer consumado nihilista de Europa, pero que ya ha vivido en sí el nihilismo hasta el final—que lo tiene detrás de sí, por debajo de sí, fuera de sí...

4

No se equivoque nadie, pues, sobre el sentido del título con que quiere ser evocado este evangelio del futuro: «*La voluntad de poder*. Ensayo de una transvaloración de todos los valores». Con tal fórmula se expresa un *contramovimiento* por lo que respecta al principio y a la tarea: un movimiento que en algún futuro reem-

plazará ese consumado nihilismo, si bien lo *presupone* lógica y psicológicamente, si bien absolutamente sólo puede proceder *de él y a partir de él*. Pues ¿por qué es necesario en adelante el advenimiento del nihilismo? Porque nuestros mismos valores tradicionales son los que tienen en él su última consecuencia; porque el nihilismo es la lógica de nuestros grandes valores e ideales llevada al extremo—porque ante todo tenemos que vivir el nihilismo para descubrir el auténtico *valor* de aquellos valores... Tendremos necesidad, en algún momento, de *nuevos valores*... 11[411]

• La concepción del mundo con la que se ha tropezado en el transcurso de este libro [*El origen de la tragedia*] es especialmente sombría y desagradable: de entre los tipos de pesimismo tradicionalmente conocidos ninguno parece haber alcanzado tal grado de malignidad. Falta la contraposición de un mundo verdadero y un mundo aparente: hay tan sólo Un mundo y éste es falso, cruel, contradictorio, seductor, sin sentido... Un mundo así constituido es el mundo verdadero... *Tenemos necesidad de la mentira* para llegar a vencer esta realidad, esta «verdad», es decir para *vivir*. Que la mentira es necesaria para vivir, precisamente forma parte todavía de este carácter terrible y enigmático de la existencia...

La metafísica, la moral, la religión, la ciencia han

sido tratadas en este libro tan sólo como distintas formas de la mentira: mediante su ayuda se *crea* en la vida. «La vida *debe* inspirar confianza»: la tarea así definida es inmensa. Para resolverla, el hombre tiene que ser ya por naturaleza un mentiroso; por encima de todo tiene que ser además *artista*... Y lo es también: metafísica, moral, religión, ciencia, todas ellas son tan sólo engendros de su voluntad de arte, de mentira, de huida ante la «verdad», de *negación* de la «verdad». Ese poder mismo gracias al cual *violenta* la realidad mediante la *mentira*, ese *poder artístico*—por excelencia—del hombre, lo tiene aún en común con todo lo que existe: pues él mismo es un jirón de realidad, verdad, naturaleza—él mismo es también un jirón de *genio de la mentira*...

Que el carácter de la existencia sea *ignorado* constituye la suprema y más profunda intención secreta de la ciencia, de la religiosidad, del ámbito artístico. [...] ¡El amor, el entusiasmo, «Dios», son los más claros refinamientos del definitivo autoengaño, las más claras seducciones para la vida! En los momentos en los que el hombre cae en el engaño, en los que cree de nuevo en la vida, en los que se ha astutamente engañado: ¡Oh, cómo se ha inflamado a sí mismo! ¡Cuán embellezado! ¡Qué sentimiento de poder! ¡Cuántos triunfos de artista en el sentimiento de poder!... ¡El hombre se ha convertido una vez más en señor de la «materia»,

en señor de la verdad! Y siempre que el hombre se complace, permanece idéntico en su complacencia: se complace como artista, goza de sí mismo como poder. *La mentira es el poder*...

El arte y nada como el arte es el gran posibilitador de la vida, el gran seductor para la vida, el gran estimulante para la vida... 11[415]

#### • *Voluntad de poder como moral*

Concebir la correspondencia entre todas las formas de corrupción, sin olvidar la corrupción cristiana.

Pascal como tipo

tanto como la corrupción socialista-comunista (una consecuencia de la cristiana).

La *superior* concepción de sociedad de los socialistas es la *inferior* en la jerarquía de las sociedades.

La corrupción del «*más allá*»: como si, fuera del mundo real, del mundo del devenir, hubiera un mundo del ente.

Aquí no cabe ningún *acuerdo*: aquí se tiene que extirpar, aniquilar, hacer la guerra. Se tiene todavía que *destapar* en todas partes el criterio de valor cristiano-nihilista y combatirlo bajo todas sus máscaras... Por ejemplo en la actual *sociología*, en la música actual, en el pesimismo actual (todos ellos formas del ideal cristiano de valoración). [...] 14[6]



• *Valor...*

La más alta cantidad de poder que el hombre puede asumir.

El hombre, *no* la humanidad...

La humanidad es mucho más un medio que un fin. Se trata del tipo: la humanidad es meramente el material de experimentación, el enorme excedente de los fallidos, un campo de ruinas... 14[8]

• *Nihilismo*

Nada sería más útil y promocionable que un consecuente *nihilismo en la acción*.

En la medida que comprendo todos los fenómenos del cristianismo, del pesimismo, éstos expresan: «estamos maduros para no ser; para nosotros es razonable no ser».

En este caso el lenguaje de la «razón» sería también el lenguaje de la *Naturaleza selectiva*.

Contrariamente, lo que sobre todo tiene que ser condenado es la inconsecuencia equívoca y pusilánime de una religión tal como la *cristiana* o, más precisamente, como la *Iglesia*: que en lugar de alentar hacia la muerte y hacia el autoaniquilamiento, protege todo lo fallido y enfermo y le ayuda a reproducirse.

Problema: con qué tipo de medios podría ser alcanzada una exacta forma del gran nihilismo contagioso: una forma tal que enseñe y practique, con rigor

científico, la muerte voluntaria... (y *no* continuar vegetando débilmente bajo la esperanza de una falsa post-existencia).

Nunca se condenará suficientemente el cristianismo por haber despreciado el *valor* de un tan grandioso movimiento nihilista *depurador*, como quizás ya estaba en marcha, mediante la idea de la persona privada inmortal, así como mediante la esperanza en la resurrección. Brevemente, siempre mediante el bloqueo de la *acción del nihilismo*, del suicidio... Se lo sustituye por un lento suicidio; gota a gota una vida mezquina y pobre, pero duradera; gota a gota una vida completamente vulgar, burguesa y mediocre, etc.

14[9]

• *Fisiología de las religiones nihilistas*

una típica evolución patológica

NB. Todas las religiones nihilistas son sin excepción *historias patológicas sistematizadas* bajo una nomenclatura religioso-moral.

—En el culto pagano es el gran *ciclo anual* alrededor de cuya interpretación gira el culto.

—En el culto cristiano, el culto gira alrededor de un ciclo de *fenómenos de parálisis*... 14[13]

• [...] Con la palabra «dionisiaco» se expresa: un impulso incontenible a la unidad; un trascender más allá

de la persona, de lo cotidiano, de la sociedad, de la realidad, como abismo del olvido; el apasionado y doloroso desbordamiento hacia estados más oscuros, más plenos, más vaporosos; un extasiado decir-sí al carácter global de la vida que, a través de todos los cambios, permanece igual, igualmente poderosa, igualmente dichosa; el gran compañerismo y simpatía panteísta que aprueba y santifica incluso las propiedades más terribles y enigmáticas de la vida, a partir de una eterna voluntad de procreación, de fecundidad, de eternidad, como sentimiento unitario de la necesidad de crear y aniquilar... Con la palabra «apolíneo» se expresa: el impulso incontenible al pleno ser-para-sí, al típico «individuo», a todo lo que hace simple, destacado, fuerte, claro, no equívoco, típico: la libertad bajo la ley. [...]

14[14]

• Valor...

El concepto «acción condenable» nos provoca dificultades: no puede haber nada en sí condenable. Nada de lo que sucede puede ser en sí condenable: *pues no se podría haber dejado de quererlo*, pues todo está tan relacionado con todo que, querer excluir cualquier cosa, significa excluirlo todo. Una acción condenable: significa, en definitiva, un mundo condenado...

E incluso en dicho caso: en un mundo condenado, la condena sería también condenable... Y la conse-

cuencia de una manera de pensar que lo condena todo sería una *praxis* que todo lo aprueba.... Si el devenir es un gran anillo, entonces todo tiene igual valor, eternidad, necesidad...

En todas las correlaciones de sí y no, de preferencia y rechazo, de amor y odio, sólo se expresa una perspectiva, un interés de determinados tipos de vida: en sí todo lo que es, dice sí.

14[31]

• [...] El valor de todos los estados mórbidos está en que muestran—como bajo un cristal de aumento—ciertos estados que son normales pero que, por eso mismo, son normalmente perceptibles con dificultad... [...]

El *error* en el tratamiento: no se quiere combatir la debilidad mediante un sistema *fortificador*, sino mediante una especie de justificación y de *moralización*: es decir mediante una *interpretación*...

La confusión de dos estados completamente diferentes: por ejemplo la *calma de los fuertes*, cuya esencial abstención de reacción es del tipo de los dioses a los que nada conmueve...

y la calma fruto del agotamiento y de la rigidez que tiende hasta la anestesia.

Todos los procesos filosófico-ascéticos tienden hacia la segunda, pero en realidad piensan en la primera, pues atribuyen al estado así logrado características tales como si se hubiera alcanzado un estado divino. 14[65]